



Amanecer del lunes en Buenos Aires: una pequeña, envuelta en una bandera argentina, no acierta a entender por qué la ciudad está tapizada de papeles. En la otra foto, el símbolo del Mundial 78 yace entre los restos de la celebración, cuando ya todo ha terminado. (Fotos Miguel Castillo, enviado)

En Argentina, un resignado "retorno a la realidad"

Luis Gutiérrez/enviado

BUENOS AIRES, 26 de junio. — Únicamente el día de asueto escolar decretado por el gobierno mantuvo aferrados a varios miles de jóvenes estudiantes argentinos a una agónica prolongación de su fiesta del mundial.

Buenos Aires amaneció bajo los efectos de una noche de juerga. Las calles de la capital, normalmente limpias, esperaron hoy el amanecer bajo toneladas de papel, con porras dispersas trasnochadas y, sobre todo, con la gente camino de su trabajo.

La Plaza de la República, a los pies del Obelisco de la Nueve de Julio reunió a un centenar de estudiantes de secundaria que por inercia y desde diferentes rumbos y barrios, se dieron cita en ese lugar — el gran escenario de la euforia — tal vez inconscientemente, para echarle vivas a Argentina y, luego, abandonarse al inocuo placer de las pintas. Así, en la base de concreto del Obelisco de 73 metros de altura, dejaron numerosos testimonios de su júbilo. Algunos, producto aún de la alegría. Otros, fruto de una rabiosa convicción en los jóvenes mayores: la de que el Mundial 78 quiérase o no, se extingue.

■ 31

■ de la primera

Más tarde, a eso del mediodía, el grupo quiso marchar sobre la diagonal de Roque Sáenz Peña hacia la Plaza de Mayo. Algo invisible los detuvo y se conformaron con celebrar 50 metros más adelante.

De entre los papeles que tapizaban la calle, Miguel Castillo, enviado de este diario, rescató un "gauchito" de trapo, símbolo del mundial, algo maltracho por toda una noche de celebración.

Pero el resto de la ciudad volvió de golpe a la realidad. La calle de Reconquista, a la altura de la Plaza de Mayo, volvió a agitarse con la actividad de los principales bancos argentinos.

Y en la propia Plaza de Mayo sólo se vieron transeúntes presurosos, atrapados nuevamente por el ritmo vertiginoso de la gran capital.

Los matutinos, dedican sus cabezas principales al triunfo de ayer. Pero todos, invariablemente, dedican artículos a lo que llaman "el retorno a la realidad".

Los ancianos volvieron a sus bancas en parques y plazas de la ciudad a observar callados los pormenores del cambio, y lo que consigo trae ese fenómeno.

Vuelve el pueblo argentino, hoy, a enfrentarse de cara a la verdad: la inflación, los desajustes judiciales por el vencimiento de la ley de alquileres congelados, la ingrata huella que dejó el Mundial con sus precios ofensivos para quienes, por ahora, padecen una severa pérdida del poder adquisitivo.

Se acabó la tregua. En el campo político, los diarios se refieren con amplitud al hecho

de que la Comisión de Derechos Humanos de la OEA, pide en Washington "precisiones" al gobierno argentino, sobre la invitación formulada a ese organismo para que visite este país.

Hablan, igualmente, de que la Fuerza Aérea — una de las tres armas que tiene el poder en la Argentina — está a punto de dar a conocer su posición formal acerca del llamado "proceso de reorganización nacional".

Y en las confiterías y en los cafés de Buenos Aires vuelve a hablarse de los sindicatos, de que los ferroviarios fraguan, quizás, un movimiento de huelga — "condenado a fracasar" — en busca de mejoras salariales.

Vuelve la nación Argentina a su amarga, dura realidad.

Volverán, el jueves, en la Plaza de Mayo, a colocarse en silenciosa protesta frente al palacio de gobierno — la "Casa Rosada" — las mujeres que reclaman al gobierno por sus hijos, sus esposos, sus hermanos víctimas de la represión.

Y en otras partes del país volverán a sentarse a la mesa del café, del bar o de la casa, varones de la Argentina para quienes, también, ha terminado la tregua.

Envuelta en una bandera celeste y blanca, con el Obelisco al fondo, esta mañana Verónica Palazotti, de nueve años de edad, vivía tristemente los últimos minutos de una fiesta que hubiese querido no terminara jamás. Ensimismada, ni siquiera le importó que la enfocara la lente de Miguel Castillo.

Pero la fiesta terminó. Para Verónica y para 25 millones de argentinos.